

enviaba Luis XIV al Schah de Persia, marchan á este país en 1682 con el objeto de continuar el plan que trazara el P. Alejandro de Rhodes. Á fuer de embajadores del gran Rey, fueron acogidos con respeto y veneracion. No satisfecha su ambicion de salvar almas con haber creado las residencias de Ispahan, Chamakhi y Erivan, en las que les era preciso empezar por consagrarse á todas las miserias, obtienen la facultad de fundar otra en Erzerum, de la que toman posesion los PP. Roche y Beauvossier. No hay duda que, lo mismo que en Erivan, les aguarda la muerte á impulsos del contagio, ó bien bajo el acero de los fanáticos; pero el Dios que desde el centro de Europa vienen á predicar hallará nuevos adoradores, y su sangre vertida y su vida consagrada á los pobres, serán un nuevo estímulo para los Jesuitas. Al cabo de veinte y cinco años, se verá á estas misiones, inauguradas bajo tan funestos auspicios, contar mas de cien mil fieles cada una. Reducida la Persia á un completo marasmo, merced á la debilidad de sus jefes, no tarda en presentarse un hombre á su cabeza, que la eleva al rango de las naciones mas poderosas. Schah Gadir, cuyas hazañas ha inmortalizado el nombre de Tomás Kouli-Kan, acababa de usurpar el trono. Lanzando sus victoriosos ejércitos hácia el Indostan, este Alejandro de la barbarie, que en su ardorosa sed de conquistas no conocia mas razon que el fuego y la sangre, se hacia preceder do quiera de la devastacion y el incendio. Á pesar de todo, se introducen en su tienda los Jesuitas; y sin que bastara á intimidarles la presencia de este guerrero de carácter indomable, de estatura colosal y de espíritu tan cruel como elevado, hácenle comprender que, si los cismáticos le habian exigido la dispersion de los pastores y del rebaño ortodoxos, él se hallaba colocado en un puesto demasiado visible para no profesar ideas de justicia. El guerrero, que habia conducido sus victoriosas armas por todas las Indias, tributa homenaje al Cristo anunciado por los Jesuitas, y publica un decreto por el que les otorga la libertad de predicarlo en todas partes. Este terrible Schah habia oido hablar de la ciencia médica del hermano Bazin: habianle dicho el residente y los negociantes ingleses, que este hermano coadjutor aventajaba en ingenio á todos los facultativos de la Persia; y sin preguntar mas, le nombra su médico de cabecera. Esperando los ingleses adquirirse un protector cerca de Kouli-Kan, y los misioneros un apoyo, le presentaron el Jesuita,

quien desde entonces le siguió en sus viajes, llegó á ser su confidente; y cuando el vencedor sucumbió á su vez, víctima de una conspiracion palaciega, todavía se encontraba á su lado. Con la muerte del Schah volvió á sumirse la Persia en un abismo de revoluciones sin término, cuyas consecuencias no dejaron de alcanzar á los Jesuitas. Nada importa que muchos de ellos perezcan á la violencia del palo; nada que los soldados despojen sus iglesias, y los funcionarios civiles les hagan experimentar toda especie de vejámenes: el cristianismo ha echado profundas raíces en estas comarcas, y nada será capaz de obligarles á derribar la cruz que han plantado con tantas fatigas.

Y ¿qué cosa habrá capaz de enervar su celo tan infatigable como su arrojo? Preséntase en Constantinopla hácia el mes de julio de 1706 un médico francés, agregado al Kan de la pequeña Tartaria; describe á los sacerdotes de la Sociedad el deplorable estado de los cristianos de Crimea; díceles que entre estos esclavos, condenados á todos los tormentos, los hay naturales de Polonia, Hungría y Croacia, y que dos años antes habia muerto un Jesuita que les prodigaba su asistencia. No necesita saber mas el P. Duban para que, conmovido hasta lo íntimo de sus entrañas, se encamine á este lugar de desolacion, donde implora de Gazi-Guray, soberano de la antigua Taurida, la gracia de asistir á los esclavos y cristianos que gemian bajo el yugo de la ley. En vista de los tormentos que se les reservaban, unos habian abrazado el islamismo ó la herejía, mientras sumidos otros en el embrutecimiento propio de la ignorancia y de la desesperacion, habian olvidado hasta la memoria de un Dios: y extendiéndose poco á poco esta atmósfera de depravacion de los esclavos al pueblo, este lo habia transmitido á los sacerdotes del rito griego.

Mas este espectáculo de corrupcion no fue capaz de desalentar al Jesuita; que reuniendo en una pobre iglesia armenia algunos infortunados á quienes habia consolado su caridad, pasa á revelarles los preceptos del Evangelio y de la moral; y mostrándose aquellos dignos de los afanes y afectos del misionero, acudieron los demás á escucharle en masa, con lo que no tardó en triunfar de la desesperacion, de la esclavitud y de la misma tiranía. Deseando la Francia ofrecer al apostolado de este hombre, que por sí solo habia emprendido y llevado á cabo una tarea casi imposible, las garantías que pudieran arrebatarle un capricho ó un

cambio de gobernador, pasó á investirle de un título diplomático, nombrándole su cónsul en Crimea, y agregándole al P. Tarillon. Durante el período de ocho años, en el que arrostró todas las calamidades inherentes á la esclavitud, consiguió, á fuerza de ternura y caritativas instrucciones, dulcificar la suerte de los cautivos, y despertar en sus corazones los sentimientos de la fe. Para él no habia diferencia alguna entre Griegos, Gentiles, Luteranos ó Calvinistas: confundíalos á todos en un mismo amor, y todos ellos se estrechaban en derredor suyo en un mismo sentimiento de gratitud y piedad. Habiendo llegado á oídos de los pastores de Suecia la noticia de esta metamórfosis, trataron de oponerse al bien cuya idea no habia germinado en sus corazones, y tomando por su cuenta al Jesuita, que hacia ingresar en el seno del catolicismo á los protestantes consolados á favor de las máximas del Evangelio, y que los habia arrancado del abismo de la degradacion purificándolos en el crisol de sus doctrinas, no permitieron que disfrutara en paz de una gloria comprada á tan caro precio. Considerando que no tendrían mas trabajo que el de destruir, se lanzaron sobre la Crimea como lobos voraces; pero nadie se dignó escuchar sus insinuaciones y promesas, y Duban permaneció siendo el único guia de los esclavos que conquistara á la virtud.

Ya hemos tenido ocasion de ver á los Jesuitas penetrando en los desiertos de Egipto, y esforzándose, en nombre de la Santa Sede, á restablecer la unidad cristiana, haciendo ingresar en el aprisco de la Iglesia á esos mismos Coptos á quienes mil y doscientos años de cisma no han podido desheredar de la virtud evangélica; pero si sus tentativas no dieron otra cosa que resultados parciales, en vez de desalentarse, acudió con nuevo vigor á principios del siglo XVIII el P. Claudio Sicard, nacido en Aubania en 1677, dejándose ver entre ellos ya como misionero, ya como literato, ya tambien como encargado de negocios de parte de la Iglesia y de la Academia de ciencias. Convencido el Jesuita de la sublimidad de su doble mision, recorre á través de mil riesgos los monasterios que habitan con la misma frugalidad de los Pacomios, Macarios y Serapios los religiosos con quienes necesita relacionarse. Seguro de la verdad de la doctrina que anuncia, logra suscitar dudas en los corazones de los monjes; conquistalos poco á poco á la unidad; y acomodándose á su sobriedad y á sus costumbres, prosigue este peregrino católico la tarea que se habia im-

puesto. Viajando solo por estas llanuras arenosas, solo tambien se aventuraba penetrar al interior de las montañas. Nada tenia que temer por su vida, es cierto, porque á los ojos del misionero, que es el soldado de la fe colocado en la vanguardia, el soldado que jamás debe discutir su obediencia, el que jamás debe calcular el peligro, y cuya única gloria está depositada en el cielo, el instinto de la conservacion desaparece ante el cumplimiento de su deber.

En una de sus excursiones, cae el Jesuita en manos de una horda de forajidos, cuya única industria consistia en el pillaje y el robo; exigíenle el dinero que llevaba, y contesta lleno de calma y serenidad: «Jamás lo he tenido.» Reconócenle en su traje por sacerdote católico, forman un círculo en derredor suyo, suplicanle que cure sus dolencias ó cicatrice sus heridas; condesciende el misionero, y les indica los remedios oportunos. Empero no se limitan á esto solo los servicios que en su concepto puede prestar á estos miserables: constanle los crímenes que pesan sobre sus almas impuras, y les dirige amargas y severas reprensiones mezcladas de prudentes consejos; y separándose en seguida de ellos, continúa su marcha. Sabedor de que los monjes de Egipto yacian sumidos en la ignorancia, no siendo para ellos la Religion mas que un tejido de fábulas amoldadas á la satisfaccion de sus malas inclinaciones, emprende la difícil tarea de vencer esta depravacion intelectual; y atravesando de este modo el alto Egipto y la Tebaida baja, logra reanimar la piedad en el corazon de los fieles, y suscitar remordimientos en el de los cristianos gangrenados por el vicio. Siguiendo las huellas del P. Brévedent, uno de los Jesuitas que le han precedido en las márgenes del Nilo, y que tantos servicios prestaron á la Iglesia y á las letras, propónese Sicard hacer marchar de frente la beneficencia y el estudio en este país tan fecundo en prodigios.

Poseyendo con perfeccion la lengua árabe, y conociendo á fondo el carácter y costumbres de los pueblos con quienes va á tratar sobre los negocios del cielo, consigue recopilar durante este viaje de veinte años, que no bastan á suspender las fatigas ni los peligros, tantas y tan sabias observaciones, que, deseando el duque de Orleans, así como la Compañía y la Academia de ciencias, verle continuar sus investigaciones, le intimó el primero la órden de ocuparse en la descripcion de los monumentos antiguos; ór-

den que tambien le transmitió el General del Instituto. Atento el Jesuita al desempeño de su comision, y sin cercenar un ápice los deberes del misionero, reduce las horas del sueño para contestar á los deseos de la Europa ilustrada: sube al origen del Nilo, introdúcese en el Delta, visita á Tebas, recorre las riberas del mar Rojo, describe el monte Sinaí, levanta los planos, y traza los diseños de los edificios y poblaciones que descubre. Interrógale la Academia sobre las propiedades de la sal amoniaca, la sosa carbonizada y las piedras de Egipto; y el Jesuita, que se halla en disposicion de responder á todas estas preguntas, y para quien el suelo de los Faraones no encierra secreto alguno, profundiza, divulga sus arcanos, y traza un gran mapa geográfico que seguirán después d'Anville y todos los eruditos. Después de haber reunido en un cuadro inmenso el fruto de sus investigaciones, trataba de consagrar algunos meses de reposo á la perfeccion de su obra, cuando sabe que la peste hace en el Cairo horrorosos estragos: este fue el momento en que dando de mano á los placeres de la ciencia, se dedica todo entero á los deberes del Jesuita. Cerciorado de que hay cristianos que léjos de él mueren sin socorro, hombres que solo esperan el agua del Bautismo para regenerarse en los brazos de la muerte, y corazones á quienes una palabra suya puede inspirar el deseo de otra vida mejor, dirígese á la ciudad acometida de la peste y abandonada de todos: transfórmase en médico y en ángel consolador de los contagiados; prodígales cuantas atenciones exigen sus cuerpos y sus almas, y, asaltado él mismo del terrible azote, espira en 12 de abril de 1726, á la edad de cuarenta y nueve años.

En Abisinia sostenian á la sazón los Padres de la Compañía una lucha mas terrible aunque menos ruidosa. Sin intimidarles el destino de Andrés Oviedo, conocian demasiado bien la suerte que les reservaban las revoluciones de Etiopia; pero existian cristianos á quienes era preciso sostener en la fe, cismáticos á quienes restituir al seno de la unidad, é idólatras á quienes civilizar; y nada fue capaz de distraerlos de su objeto. Convertido Atnaf-Seghed á la religion católica, merced al celo y elocuencia del P. Paez, y no sabiendo reprimir su ardor de neófito, trata de hacer obedecer á su pueblo la ley que proclama como única verdadera: en vano le recomienda el Jesuita la moderacion; el Emperador ordena, y sucumbe á consecuencia de la guerra civil. Susneyos,

su sucesor, escucha los consejos de Paez, y calma la sedicion; y deseando conservar los frutos de la victoria, quiere un Padre del Instituto para el patriarcado de Constantinopla; y el P. Alfonso Mendez llega en 1725 investido con esta dignidad. Dotado este Jesuita de un carácter conciliador, no queria comprometer el porvenir de esta iglesia, tantas veces regada con la sangre de sus colegas en el apostolado. Es verdad que los abisinios aceptaban la religion católica, se sometian al Vicario de Jesucristo, y toleraban el que se introdujese poco á poco en la suya la disciplina y los ritos romanos. Pero aun se conservaba el fuego bajo la ceniza. El hijo del Emperador y el virey de Gojan, Basíledes y Sarsacristos, conspiraban á la sordina con el objeto de exterminar el culto que Mendez y sus colegas acababan de introducir; pero los mismos oficiales que acababan de contribuir á la victoria conseguida por Susneyos en la nueva lucha que se habia entablado, habian osado decirle en medio del campamento: «Todos los que veis, ó Príncipe, tendidos á vuestros piés, aunque rebeldes y dignos de perder la vida, eran, sin embargo, súbditos vuestros. «En estos montones de cadáveres podeis contar numerosos y apasionados servidores, amigos y parientes á quienes ha muerto la nueva religion, que ha sido el móvil principal de toda esta carnicería, y que lo será de otras muchas si no tratais de oponeros seriamente; porque todo esto no es mas que un preludio de la guerra que producirá horrorosos desastres. El pueblo, cuya audacia no conoce límites, y que no respeta ni aun á sus mismos reyes cuando se trata de religion, está irritado, y os exige que conserveis la fe de Alejandría, transmitida hasta él de generacion en generacion. Muchos de vuestros generales han desertado de vuestras banderas, y los demás no tardarán en seguirles, si continuais prestando oídos á doctores extranjeros. Que la religion romana sea tal vez mas santa y mejor, convenimos; que sea necesaria una reforma en las costumbres, lo confesamos; pero es indispensable proceder con moderacion: de lo contrario, correis á una ruina cierta, os perdeis á vos, y perdeis al imperio.»

Estas razones, que debian parecer concluyentes á los ojos del Príncipe, no eran sin embargo las mas perentorias ni las únicas que hacian valer contra los Jesuitas en las interioridades del consejo. Achacábanles crímenes mucho menos excusables que las disensiones civiles, de las que no eran mas que un pretexto. Ha-

híanse introducido en las costumbres de estos cristianos, medio judíos medio musulmanes, abusos y desórdenes de todas clases. Los Jesuitas, que, en el Maduré, se vieron acusados de tolerar los ritos idólatras, en Abisinia fueron acriminados de destructores del uso de la circuncision, de la observancia del sábado, y de la poligamia. Obligaban á sus neófitos á contentarse con una esposa legítima; y este respeto al vínculo conyugal fue tal vez la causa determinante de esta revolucion religiosa. Coligáronse las concubinas de los altos funcionarios cismáticos; y todos estos motivos reunidos aceleraron la caída de la iglesia abisinia.

Reducidos los monarcas de Etiopia, como la mayor parte de los soberanos orientales, al precario papel de hechuras del ejército, el mismo capricho que los habia elevado al trono, los hacia descender cuando menos lo pensaban; cayendo á veces su corona al mismo tiempo que su cabeza. Colocado el Emperador en una cruel alternativa, no tuvo la suficiente virtud para resignarse á abandonar el poder con el objeto de vivir católico; y pareciéndole el cetro preferible á la verdad, cedió á las instancias amenazadoras de su hijo, y mandó convocar todas las corporaciones del Estado para zanjar la cuestion á pluralidad de votos. Tan solo los neófitos fueron excluidos de la asamblea: únicamente ellos fueron proscritos sin permitirseles la defensa. En los campos, en las ciudades, en todas partes fueron acogidas estas proscripciones con el grito de la venganza, y no se atribuía á los fieles otra voz que la de izar el estandarte de la rebelion. Los cismáticos, que temian la influencia de los Jesuitas sobre el pueblo, les acusan de fautores de la sedicion, y destierran al P. Mendez y demás colegas. Comprendiendo entonces el Emperador que ha franqueado el camino á calamidades sin término, maldice su debilidad, y se siente asaltado por la parca; pero queriendo al menos morir como católico, llama á su lado al P. Diego de Matos, y después de depositar en su seno sus últimas confianzas, muere consolado en 26 de setiembre de 1632.

Al fin reinaba Basíldes bajo el nombre de Seghed II, no sin haber quitado antes de en medio, por la espada ó el veneno, á veinte y cinco hermanos que tenia. Ya Selacristos, su tío, cuyo valor y talentos temia, habia sido condenado al ostracismo con orden de abandonarle en un horrible desierto; pero queriendo dar algunas garantías á los cismáticos, nombra patriarca ó abuna á

un egipcio aventurero, cuyo primer paso se redujo á declarar, que no podia permanecer en Abisinia mientras los Jesuitas no abandonasen este país. Hablaba en nombre de un partido, cuyo orgullo habian acrecentado los últimos acontecimientos; y por lo mismo no tardó en ser obedecido. Los Jesuitas emprendieron el camino del destierro, que no siendo reputado por sus enemigos bastante largo y peligroso, trataron de rodearle de nuevos peligros. Avisado el bajá de Suakem, por cuyo territorio debia pasar la caravana, de que los misioneros marchaban cargados de oro, los manda prender, los despoja, y se apodera de sus bienes, que consistian en dos cálices y algunas modestas reliquias, declarándoles en seguida que no les será devuelta la libertad, sino mediante un rescate de treinta mil piastras. Sabido por Richelieu este lance ocurrido en el fondo de la Nubia, dió orden al cónsul de Francia en Memphis para trabajar eficazmente por la libertad de los Jesuitas, y el Bajá se vió precisado á soltar su presa.

Habíanse quedado, no obstante, ocultos seis Padres del Instituto bajo la direccion del Jesuita Apolinar Almeida, obispo de Nicea, quienes no pudiendo decidirse á dejar en la orfandad á sus neófitos, después de arrostrar la muerte que se les presentaba bajo mil formas, pasaron á refugiarse en el Sennaar y el Kordofan, donde se vieron expuestos á perecer de hambre, ó á ser devorados por las fieras. Mas tenian á la vista los ejemplos de resignacion que les ofrecian Selacristos y los Católicos, y supieron mostrarse dignos de rivalizar con sus catecúmenos. Sabiendo que unos se habian visto precipitados del emporio de las grandezas al abismo de la humillacion, mientras se hallaban otros condenados á las miserias del ostracismo, y que todos ellos soportaban con calma y tranquilidad tamañas calamidades, se hicieron los misioneros un deber de alentar tantas abnegaciones. No bien llega á entender el Emperador que se hallan ocultos en el reino de Tigré algunos misioneros, irritado de la constancia que todavía encuentra en ciertos cristianos, manda emisarios en busca suya; descúbrelos estos en lo interior de un valle, preséntanle los Padres Paez, Bruni y Pereira, y el tirano los inmola á sus venganzas. Viendo que no podia apoderarse de los demás, finge el tigre transformarse en manso cordero, y dejando escapar de sus labios expresiones de clemencia, manifiesta el deseo de verlos en su corte. Ya sabian Almeida, y los PP. Francisci y Rodriguez, por habér-

selo así avisado el virey de Temben, que esta repentina benevolencia ocultaba un lazo; pero creyendo oportuno arrostrarle, y aprovechándose del salvoconducto otorgado, se presentaron en la tienda de campaña de Seghed, donde fueron al instante cargados de cadenas y condenados á la pena capital. Una muerte demasiado pronta no podía satisfacer la crueldad de los cismáticos; por esto, después de torturar á los misioneros cargándolos de golpes é ignominias, cuando en el mes de junio de 1638 hubieron agotado sobre ellos todos los ultrajes, los abandonó el Soberano á la cólera de sus cortesanos, que se complacieron en acabar á pedradas la vida de sus víctimas.

Ya no quedaban en la Abisinia otros misioneros que el P. Bruni, que habia tenido la suerte de sobrevivir á sus heridas, y el P. Cardeira; pero ambos murieron como sus antecesores. Creyendo el Pontífice que los Capuchinos franceses serian quizás mas afortunados que los Jesuitas españoles ó portugueses, envió á Etiopia á los PP. Agatángelo de Vendome, Casiano de Nantes, Querubin y Francisco, quienes no tardaron en sucumbir víctimas del furor de los cismáticos. Ya no quedaban para gobernar estas poblaciones mas que algunos sacerdotes indígenas formados por los Jesuitas; uno de ellos, Bernardo Nogueira, vicario del patriarca Mendez, dirigió en nombre de Selacristos la siguiente carta á los príncipes y pueblos católicos:

«Ilustrísimos señores obispos y gobernadores de las Indias:
«Selacristos á todos los cristianos católicos y verdaderos hijos
«de la Iglesia de Dios, paz y salud en Nuestro Señor.

«Ignoro en qué idioma deba escribiros, y en qué términos pueda expresarme para representaros los peligros y padecimientos que pesan sobre esta Iglesia, y que me afligen tanto mas, cuanto que diariamente los veo con mis propios ojos. Yo suplico á Nuestro Señor Jesucristo, que fue clavado en la cruz y cuya misericordia es infinita, que se los haga conocer á todos nosotros hermanos, á todos los rectores, prelados, obispos, arzobispos, reyes, vireyes, príncipes y gobernadores, que tienen alguna autoridad allende de los mares. Siempre he creído, y aun he pasado á decírmelo muchas veces á mí mismo, que ya nos hubieran socorrido, y que no hubieran tardado tanto en rescatarnos de mano de estos bárbaros y de esta nacion perversa, si la multitud y enormidad de mis pecados no hubiesen sido un obstácu-

«lo. En otro tiempo, cuando aun no habia aquí iglesia alguna, ni «nos eran conocidos los nombres de cristiano y de católico, han «acudido á socorrernos y libranos del poder y yugo del islamismo; hoy que existe un gran número de fieles, nos olvidan, y nadie piensa en prestarnos su apoyo. ¡Qué! el Pontífice romano, «nuestro padre y pastor, á quien tanto amamos, ¿no se halla sentado en la inamovible cátedra de san Pedro, ó no trata ya de consolarlos? Nosotros que somos sus ovejas ¿no hemos de tener la «satisfaccion, antes de pagar á la muerte su tributo, de saber que «piensa en nosotros y que trata de impedir que seamos devorados por los herejes que tan cruda guerra nos hacen? ¿No existen ya en el Portugal príncipes dotados de aquel ardiente celo «que abrigaba Cristóbal de Gama? ¿No hay algun prelado que «levante al cielo sus manos á fin de impetrarnos el auxilio que «necesitamos? Callo, porque mi lengua se seca, y el manantial de «mis lágrimas no se agota jamás. Cubierto de polvo y de ceniza «suplico y conjuro á todos los fieles que nos envíen un pronto «socorro, no sea que perezcamos. Cada dia son mas pesadas mis «cadenas; cada dia escucho una voz que me dice: *Afliaos bajo «nuestra enseña, ingresad en nuestra comunión, y os sacaremos de ese «miserable estado, de ese lugar de destierro.* Yo sé muy bien que si «emplean este lenguaje, es con el objeto de perderme, y arruinar «conmigo á todos los Católicos: no se me oculta que tratan de «anonadar la Iglesia de Dios, de no dejar piedra sobre piedra; pero si es que todavía hay cristianos del otro lado de los mares, «que acudan á probárnoslo, que nos reconozcan por hermanos «suyos en Jesucristo, puesto que como ellos sostenemos la verdad, y nos saquen cuanto antes de este cautiverio de Egipto.»

«Aquí, añadia Nogueira en su propio nombre, aquí terminan «las palabras de Selacristos, nuestro amigo, el cual me las ha «dictado en 1649. Ahora me toca llorar á mi vez: despréndese «de mis pupilas un torrente de lágrimas. Mis compañeros no son «ya otra cosa que unos esqueletos animados, cuya piel se cae á

¹ Cristóbal de Gama, hijo del célebre Vasco de Gama, consiguió, al frente de cuatrocientos portugueses, librar á la Abisinia del yugo de los moros, que bajo la conducta de Gragué, assolaban este país hacia ya catorce años. Después de haber hecho prodigios de valor, cayó el héroe cristiano en poder de los sarracenos, que le hicieron espirar entre los mas crueles tormentos y los mas sangrientos ultrajes.